

agradar á madama Bonaparte, diciendo que se cometían gravísimas imprudencias, y que había peligro de perderlo todo por querer hacer las cosas con violencia. Este modo de insinuarse en su familia y de fomentar en cierto modo la discordia, mezclándose en sus desavenencias interiores, desagradaba en extremo al primer cónsul; así lo manifestaba muchas veces, y cuando tenía algo que comunicar á los suyos, se lo encomendaba á su colega Cambaceres, quien con su acostumbrada prudencia, callaba, revelaba tan sólo lo que le mandaban decir, y cumplía aquella especie de encargo con tanta puntualidad como miramiento.

Una circunstancia bastante extraña acababa de dar objeto real y positivo á todos aquellos dichos interiores. El príncipe que fué después Luis XVIII, desterrado á la sazón, se decidió á dar sin la menor reflexión un paso singular y arriesgado. Muchos realistas, para explicar y disculpar su adhesión al nuevo gobierno, fingían creer ó creían efectivamente que el general Bonaparte trataba de restablecer á los Borbones. No habiendo leído ó sabido leer la historia de la revolución de Inglaterra, para descubrir en ella las terribles lecciones de que es tan fecunda, creyeron éstos descubrir entre los hechos de la nación inglesa una analogía que halagaba sus esperanzas, y era el restablecimiento de los Estuardos por el general Monck. Se olvidaban de Cromwell, cuyo papel sin embargo era bastante importante para no parar en él los ojos, y acabaron por dar origen á una opinión facticia que llegó al mismo Luis XVIII. Este príncipe, dotado de talento y de ingenio, cometió la torpeza de escribir de su propio puño al general Bonaparte, enviándole repetidas cartas que creía llenas de dignidad y que no lo eran, las cuales tan sólo probaban las ilusiones ordinarias de toda emigración. He aquí la primera:

«20 de febrero de 1800.

»Sea cual fuere su conducta aparente, los hombres como usted nunca inspiran inquietud. Ha aceptado usted un puesto eminente, y se lo agradezco; usted sabe mejor que nadie cuánta fuerza y poder se necesitan para labrar la ventura de una gran nación. Salve usted á la Francia de sus propios furiosos, y habrá colmado el primer voto de mi corazón; restitúyale usted su rey, y las generaciones futuras bendecirán su memoria. Usted será siempre harto necesario al Estado para que pueda yo pagarle con destinos importantes la deuda de mis abuelos y la mía propia.

»LUIS.»

Mucho sorprendió al primer cónsul esta carta, y por el pronto estuvo perplejo, sin saber si respondería ó no á ella. Fué entregada por el cónsul Lebrún, quien la recibió de la propia mano del abate Montesquieu. Embebido el primer cónsul en sus muchos negocios al principio de su gobierno, dejó correr el tiempo sin dar respuesta; y el príncipe, impaciente como verdadero emigrado, le escribió otra carta todavía más impregnada de la credulidad de su partido, todavía más impropia de su dignidad. Hela aquí:

«Hace mucho tiempo, general, que debe saber usted que goza de mi aprecio; pero si usted duda que sea yo

capaz de agradecimiento, marque usted su puesto, y fije la suerte de sus amigos. En cuanto á mis principios, soy francés; clemente por carácter, lo seré además por consejo de la razón.

»No: el vencedor de Lodi, de Castiglione, de Arcola; el conquistador de Italia y de Egipto, no puede sacrificar á una vana celebridad su gloria verdadera. Pero pierde usted un tiempo precioso, nosotros podemos asegurar el sosiego de la Francia; y digo *nosotros*, porque yo para esto necesito de Bonaparte, y él sin mí tampoco lo lograría.

»General, la Europa tiene sus ojos fijos en usted, la gloria le aguarda, y yo estoy impaciente para restituir la paz á mi patria.

»LUIS.»

Esta vez el primer cónsul no creyó poder dispensarse de contestar; en el fondo jamás tuvo la menor duda sobre cómo había de obrar con los príncipes caídos. Independientemente de toda ambición, consideraba como impracticable y funesta la vuelta de los Borbones. Repugnábale por convencimiento, cualquiera que fuese por otra parte el deseo de llegar á ser el dueño de la Francia. Sabía su esposa su secreto, y también su secretario, y aunque no les hiciese el honor de admitirlos á deliberaciones de este género, les expresó los motivos de su conducta. Su esposa llegó casi á arrojarse á sus pies, suplicándole que por lo menos dejase cierto vislumbre de esperanza á los Borbones; él la desvió con enfado, y dirigiéndose á su secretario: «Usted no conoce á estas gentes, le dijo: si yo les restituyese el trono, creerían que lo habrían recobrado por la gracia de Dios. Muy pronto los rodearía y los arrastraría el partido de la emigración; lo trastornarían todo, por querer reformar aun lo que no admite ya reforma. ¿Qué sería de los numerosos intereses creados desde el año 89? ¿Qué sería de los compradores de bienes nacionales, de los jefes del ejército y de todos los que empeñaron en la revolución su vida y su porvenir? Y además de los hombres, ¿qué sería de las cosas? ¿Qué sería de los principios por los cuales tanto se ha peleado? Todo perecería, pero no sin graves conflictos; habría horrorosa contienda, y sucumbirían millares de hombres. No, jamás adoptaré una resolución tan funesta.» Y tenía razón, aun prescindiendo de todo interés personal. Su dictadura, que demoraba el establecimiento de la libertad política en Francia, libertad muy difícil por otra parte á la sazón, completaba el triunfo de la revolución francesa, que ni en los campos de Waterloo pudo perecer, llegando quince años más tarde. Su respuesta debía ajustarse á su modo de pensar, y no deslumbrar con esperanzas que no quería hacer concebir. Sólo por el contexto de su misma carta se puede juzgar de la grandeza de expresión con que respondió á la imprudente demanda del príncipe desterrado.

«París 20 fructidor del año VIII

»(7 de septiembre de 1800).

»He recibido, señor, su carta de usted y le agradezco las atentas expresiones que en ella me dirige.

»No debe usted desear su regreso á Francia, pues tendría que pasar por encima de quinientos mil cadáveres.

»Sacrifique usted su interés al sosiego y á la felicidad de la Francia, y la historia le hará honrosa justicia.

»No soy insensible á las desgracias de su familia; yo contribuiré gustoso á que sea grato y tranquilo su retiro.

»BONAPARTE.»

Algo llegó á traslucirse de esto, y los designios personales del primer cónsul empezaron á ser más evidentes.

Siempre son las tentativas de los partidos contra un poder que empieza las que aceleran su progreso y le animan á cometer todo cuanto medita. Una tentativa, más ridícula que criminal, de los republicanos contra el primer cónsul, aceleró una demostración no menos ridícula por parte de los que querían precipitar su elevación, y ambas abortaron.

Los declamadores patriotas, más alborotadores y mucho menos temibles que los agentes del realismo, solían reunirse en casa de un antiguo empleado del comité de salvación pública que había quedado cesante. Llamábase éste Demerville; hablaba mucho, difundía folletos contra el gobierno, y no tenía capacidad para otra cosa alguna. Concurrían á su casa el corso Arena, uno de los miembros de los Quinientos que habían huído por las ventanas el 18 brumario, Topino-Lebrún, pintor de alguna habilidad, discípulo de David, y partícipe de la exaltación revolucionaria de los artistas de aquel tiempo, y además muchos refugiados italianos irritados contra el general Bonaparte porque protegía al papa y no restablecía la república Romana. Era el principal y el más alborotador de estos últimos un escultor llamado Ceracchi. Estos hombres inquietos, reunidos ordinariamente en casa de Demerville, se desahogaban con los dichos más absurdos; decían que era preciso acabar de una vez; que ya tenían mucha gente de su parte, á Masena, á Carnot, á Lannes, á Sieyes y al mismo Fouché; que sólo faltaba herir al tirano, para que inmediatamente se pronunciasen todos los republicanos de corazón, y todos se reunirían para restablecer la república expirante. Pero para herir al nuevo César, se necesitaba encontrar un Bruto, y no se presentaba quien quisiera serlo. Un cierto militar sin empleo llamado Harrel, que por ociosidad y miseria vivía con aquellos declamadores, indigente y descontento como ellos, les pareció el brazo más á propósito para el objeto. Hicieronle proposiciones que le atemorizaron en sumo grado; confiése en su zozobra á un comisario de guerra con quien tenía algunas relaciones, y éste le aconsejó que diera parte al gobierno de cuanto sabía. Presentóse Harrel al secretario del primer cónsul, Mr. de Bourrienne, accediendo al consejo, y después al general Lannes, que mandaba la guardia consular. El primer cónsul, advertido por ellos, hizo que la policía diese dinero á Harrel, mandándole juntamente que se prestase á cuanto sus cómplices le propusieran (1). Aquellos mi-

(1) Estaba el primer cónsul muy satisfecho de que su policía militar hubiese tenido la suerte de descubrir una conjuración sin deber nada á la policía de Mr. Fouché; pero ¿cuál sería su sorpresa cuando al comunicar su secretario al ministro las noticias que había recibido de Harrel, le manifestó Fouché una larga serie de informes que hacían patente toda la trama, sus principios y su causa! (N. del T.)

serables conspiradores creían haber hallado un hombre verdaderamente resuelto en semejante individuo, pero juzgaron que no bastaba uno solo. Harrel entonces les propuso buscar otros, consintieron en ello, y les presentó varios agentes de Mr. Fouché. Después de haber caído en aquel lazo, trataron de proporcionarse puñales para armar á Harrel y á sus compañeros. Quisieron evacuar por sí mismos esta diligencia, y les dieron puñales que compró Topino-Lebrún. Por último, eligieron el sitio en que habían de herir al primer cónsul, y determinaron que fuese en la Ópera, llamado entonces teatro de las Artes. Fijaron el día, y fué el 10 de octubre (18 vendimiario del año IX), día en que el primer cónsul había de asistir á la primera representación de una ópera nueva (2). Avisada la policía, había tomado sus precauciones; el primer cónsul se dirigió al teatro de la Ópera seguido de Lannes, que, velando con la mayor solicitud por su vida, había doblado la guardia y colocado alrededor de su palco á sus granaderos más valientes. Los supuestos asesinos acudieron puntuales á la cita, si bien no todos, y éstos desarmados. No estaba entre ellos Topino-Lebrún, ni tampoco Demerville: Arena y Ceracchi fueron los únicos que se presentaron. Ceracchi se había acercado más que los otros al palco del primer cónsul, pero no llevaba puñal; y no había allí presentes atrevidos y armados más que los conspiradores que la misma policía acababa de situar en el teatro del crimen. Fueron presos Ceracchi, Arena y sucesivamente todos los demás, pero la mayor parte en sus domicilios ó en las casas donde habían ido á buscar asilo.

Aquel suceso produjo más ruido del que merecía. Verdad es que la policía, á quien los hombres ignorantes, extraños al conocimiento de las cosas, acusan comunmente de urdir por sí misma las tramas que descubre, no había inventado ésta; pero puede decirse que tomó en ella demasiada parte. Sin duda los conspiradores deseaban la muerte del primer cónsul; pero eran incapaces de herirle por sus propias manos, y alentándolos y suministrándoles lo más difícil de hallar, que son presuntos ejecutores, se los había arrastrado al crimen más de lo que se habrían entregado ellos dejados á su propio impulso. Si todo aquello hubiera terminado con un castigo severo, pero temporal, como debe darse á los locos, estaba bien; pero enviarlos al suplicio por aquel medio era excederse de lo lícito, aunque fuera

(2) En la historia de Mr. de Capefigue puede verse el informe secreto y circunstanciado que el día 17 de octubre por la noche dirigió la policía á Bonaparte, para que se leyese en Consejo de Estado. — Firma dicho informe Dubuis, y empieza desde el día 11 vendimiario á las cinco de la tarde. — Su relación es curiosa y dramática, pero harto prolija para reproducirla en este lugar; apuntaremos todo lo más esencial de ella. «Demerville prometía sesenta mil francos á los agentes disfrazados de Fouché, que le presentó Harrel; consumado el atentado, los conspiradores debían apoderarse del arsenal, tomar los cincuenta ó sesenta cañones que había en el Parque de Vincennes, y dos millones de francos existentes en las arcas de loterías para los primeros gastos de la revolución; convocaríanse inmediatamente las asambleas primarias, y se aseguraría á los militares el millar que se les había prometido. El día 18 por la mañana compró Harrel cuatro pares de pistolas; dos entregó á Demerville y uno á Ceracchi. Harrel por su parte recibió de Demerville seis puñales; dió cuatro de ellos á sus cuatro compañeros, y éstos los depositaron en la prefectura de policía.» Los Horacios era la ópera que se representaba. (N. del T.)

para proteger una vida tan preciosa. No se miraban entonces las cosas con tanta delicadeza, y se instruyó inmediatamente un proceso que condujese á aquellos infelices al cadalso.

Causó aquella tentativa general espanto; porque hasta entonces, lo único que se había visto durante la revolución era lo que se conocía á la sazón con el nombre de jornadas, es decir, ataques á mano armada; pero el poder militar del gobierno garantía de semejantes asaltos. Mas aún no se había pensado en el asesinato ni en la posibilidad de ver al primer cónsul herido de improviso, á pesar de su escolta de granaderos. La tentativa de Ceracchi, cuya parte ridícula era desconocida, fué una especie de aviso que asustó á todo el mundo; el temor de verse de nuevo sumidos en el caos, se apoderó de todos los ánimos, y produjo en favor del primer cónsul una especie de parcialidad efervescente y general. Acudió el gentío á las Tullerías; trasladóse allí también el tribunal, que era el único cuerpo del Estado reunido en aquel momento, pues celebraba sesión cada quince días en el intervalo de una á otra legislatura. Todas las autoridades públicas imitaron este ejemplo, y el primer cónsul recibió multitud de mensajes y felicitaciones, todos los cuales podían resumirse en las siguientes palabras de la municipalidad de París.

«General, decía, en nombre de nuestros conciudadanos venimos á manifestaros la indignación profunda que han experimentado al tener noticia del atentado tramado contra vuestra persona. Muchos son los intereses unidos á vuestra existencia para que las conjuraciones que la han amenazado no sean asunto de público sentimiento, como las solicitudes que la han conservado lo serán de júbilo y agradecimiento de la nación entera. La Providencia que en vendimiario del año VIII os trajo de Egipto, que en Marengo parecía libertaros de todos los peligros y que, por último, el 18 vendimiario del año IX acaba de protegeros contra el furor de los asesinos, es, permitidnos que lo digamos, más bien la Providencia protectora de la Francia que la de vuestra persona. No ha permitido ella que un año tan feliz, tan lleno de sucesos gloriosos, y destinado á ocupar un lugar tan eminente en la memoria de los hombres, terminase de súbito con un crimen abominable... Cesen los enemigos de la Francia de tramar vuestra ruina y la nuestra; sométanse á ese destino, que más poderoso que todas las conspiraciones, asegurará vuestra conservación y la de la república... No os hablamos de los culpados, pues se hallan bajo la espada de la ley...»

Estos y otros mensajes vaciados todos en el mismo molde repetían al primer cónsul que no tenía derecho de ser clemente, que su vida pertenecía á la república y que debía ser defendida como la felicidad pública, de que era prenda. Justo es añadir que estas manifestaciones eran sinceras; todos se creían en peligro estándolo el primer cónsul, y todos los que no eran facciosos deseaban su conservación. Los realistas temían, si llegaba á morir, retroceder á los tiempos de los cadalsos y destierros; los revolucionarios se figuraban ver á la contrarrevolución triunfante por las armas extranjeras.

Puso el primer cónsul particular esmero y digno de notarse en disminuir la idea que se iba formando del

peligro á que había estado expuesto; no quería que se creyese que su vida podía depender de un cualquiera, lo cual consideraba tan necesario para su seguridad como para su decoro. Conversando con las autoridades encargadas de felicitarle, decía á todas que el peligro que había producido tanta alarma no tenía nada de grave; explicábales cómo, rodeado de oficiales de la guardia consular y de un piquete de sus granaderos, se hallaba completamente seguro contra los siete ú ocho miserables que habían querido herirle. Creía mucho más de lo que sus palabras indicaban en el peligro que amagaba á su vida, pero juzgaba oportuno aparecer ante todos rodeado de los granaderos de Marengo y como inaccesible, estando en medio de ellos, á los mismos puñales de los asesinos.

Preparábanse en las tinieblas conspiraciones más graves que aquella que había hecho tanto ruido, y las urdían otras manos más temibles. Teníase de ello una vaga idea, y se calculaba que tales tentativas se renovarían más de una vez. Aprovecharon aquella ocasión los partidarios del primer cónsul para repetir que convenía alguna cosa más estable que un poder efímero, descansando en la cabeza de un hombre y expuesto á desaparecer bajo el puñal de un malvado. Los hermanos del primer cónsul, Røederer, Regnault de Saint-Jeán-d'Angely, Talleyrand, de Fontanes y otros muchos participaban de esta idea, unos por convencimiento, otros por lisonjear al poderoso, y todos, como sucede de ordinario, por una mezcla de sentimientos sinceros é interesados. Dió aquello ocasión á que apareciese un folleto anónimo sumamente curioso y en extremo notable, cuyo autor decían ser Luciano Bonaparte, aunque por la rara elegancia del lenguaje y por el conocimiento clásico de la historia, bien hubiera podido atribuirse á su verdadero autor, que era Mr. de Fontanes. Y como dicho folleto produjo grande agitación en los ánimos, justo es hacer aquí una ligera mención de su contenido. Señalaba uno de los pasos que dió el general Bonaparte en la senda del poder supremo; su título era: PARALELO ENTRE CÉSAR, CROMWELL, MONCK Y BONAPARTE. Empezaba su autor comparando al general Bonaparte con Cromwell, sin hallarle semejanza con aquel famoso personaje de la revolución de Inglaterra. Cromwell, decía, era un fanático, un caudillo sanguinario de facciosos, asesino de su rey, vencedor en la guerra civil, únicamente conquistador de unas cuantas ciudades ó provincias de Inglaterra, un bárbaro que había demolido las universidades de Oxford y de Cambridge; era un malvado sutil, y no un héroe. La analogía más propia de Cromwell en la revolución francesa sería Robespierre, si éste hubiera tenido más valor, y si no habiendo tenido la Francia que lidiar más que con la Vendée, hubiera él salido vencedor de aquella guerra. El general Bonaparte, por el contrario, permaneciendo extraño á los males de la revolución, había reparado con gloria inmensa crímenes que no eran suyos. Había abolido la fiesta bárbara instituida en honor del regicidio; ponía término á los horrores del fanatismo revolucionario; honraba las ciencias y las artes; restablecía las escuelas, y abría el templo de las bellas artes. No había sido él causa de la guerra civil: había conquistado, no ciudades, sino reinos. Por lo que hace á Monck, ¿en qué se parecía aquel

ánimo irresoluto, aquel tráfuga de todos los partidos, que no sabía por dónde dirigía sus pasos, que había hecho zozobrar la nave de la revolución contra la monarquía, como habría podido echarla á pique contra la república; en qué se parecía aquel personaje mezquino al general Bonaparte, de corazón tan resuelto y que sabía tan á las claras lo que apetecía... Bien pudo el simple título de duque de Albemarle satisfacer la vanidad vulgar del general Monck; «pero se cree por ventura que el bastón de mariscal ó la espada de condestable satisfagan al hombre *ante quien el universo* ha enmudecido?... ¿Se ignora acaso que hay ciertos destinos llamados al primer lugar?... Y además, si Bonaparte pudiera en algún caso imitar á Monck, ¿quién no ve que la Francia se hallaría nuevamente sumida en los horrores de la revolución? La tormenta, lejos de calmarse, se renovaría por todas partes.»

Desechando tales comparaciones, no encontraba el autor en toda la historia otro hombre más que César verdaderamente análogo al general Bonaparte. Reconocía en él la misma grandeza militar, la misma política profunda, y no obstante hallaba entre ambos una semejanza, pues César á la cabeza de los demagogos de Roma había oprimido al partido de los hombres honrados y destruído la república, y el general Bonaparte, por el contrario, había rehabilitado en Francia el partido de los hombres de bien abatiendo el de los perversos.

Todo esto era verdad; la obra emprendida hasta el presente por el general Bonaparte era mucho más moral que la de César.

Hechas estas comparaciones, la consecuencia era forzosa... ¡Feliz la república, exclama el autor, *si Bonaparte fuese inmortal!* «Pero ¿dónde están, añadía, dónde están sus herederos?; ¿dónde las instituciones que pueden conservar sus beneficios y perpetuar su genio? ¿La suerte de treinta millones de hombres no depende más que de la vida de un hombre solo! Franceses, ¿qué sería de vosotros si de repente os anunciara un clamor fúnebre que ese hombre había muerto?»

Entraba aquí el autor á examinar las diversas probabilidades que podrían presentarse muriendo el general Bonaparte. ¿Se caería de nuevo bajo el yugo de una asamblea? La memoria de la Convención estaba permanente para alejar de la idea de todos semejante suposición. ¿Habría que arrojarle en los brazos de un gobierno militar?; pero ¿dónde estaba el igual de Bonaparte? La república contaba indudablemente con grandes generales, pero ¿cuál de ellos eclipsaba á los demás lo bastante para precaver toda rivalidad é impedir que se degollasen entre sí los ejércitos por favorecer á un caudillo?... A falta del gobierno de las asambleas, á falta del gobierno de los pretorianos, ¿se recurriría á la dinastía *legítima* que se hallaba en la frontera, tendiendo los brazos á la Francia?... Pero esa era la contrarrevolución, y la vuelta de Carlos II y de Jacobo II á Inglaterra, corriendo por ellos la sangre á mares, era ejemplo bastante á ilustrar á los pueblos... y si necesitase de ejemplos más recientes, el regreso de la reina de Nápoles y de su esposo imbécil á su desventurado reino, era una lección escrita con caracteres de sangre... ¡FRANCESES, DORMÍ AL BORDE DE UN ABISMO!.. Así concluía aquel singular escrito.

Todo cuanto contenía era exacto, salvo las lisonjas del lenguaje; pero eran verdades harto prematuras, si ha de juzgarse por el efecto que produjeron. Luciano, ministro de lo Interior, se valió de todos sus medios para difundir aquel escrito por toda Francia. Inundó con él á París y á las provincias, cuidando de ocultar su origen; el folleto produjo grande efecto. Su contenido en la esencia era lo que todos pensaban, pero exigía de la Francia una confesión que un orgullo legítimo no le consentía hacer aún. Había abolido hacía ocho años un trono de catorce siglos, y mal se quería que confesase sin tregua á los pies de un general de treinta años que se había engañado, rogándole que resucitara aquel trono en su persona. No había dificultad en conferirle un poder igual al de los reyes, pero era preciso por lo menos salvar las apariencias, aun cuando no fuese más que por decoro nacional. Por otra parte, aquel joven guerrero había alcanzado admirables victorias, y empezado ya á dar seguridad al país; pero comenzaba apenas á reconciliar á los partidos, á reorganizar la Francia, y á redactar sus leyes, y sobre todo aún no había dado la paz al mundo. Restábale adquirir otros muchos títulos que por otra parte estaba seguro de reunir en breve en torno de su gloriosa frente.

La impresión que causó fué general y penosa. Los prefectos empezaron á manifestar por todas partes que el folleto había producido mal efecto, dando en cierto modo la razón al partido demagógico, pues que los Césares eran los que suscitaban á los Brutos, y la obra era imprudente y digna de desaprobación. Igual impresión produjo en París. No disfracó su disgusto el Consejo de Estado; el primer cónsul, ya hubiese tenido parte en el escrito, ya estuviere comprometido en él, sin saberlo, por amigos impacientes y poco diestros, se creyó obligado á desaprobarlo, especialmente á los ojos del partido revolucionario. Llamó á Mr. Fouché, y le preguntó en público cómo permitía que circularan semejantes escritos. «Yo sé quién es el autor, respondió el ministro. —Pues si usted lo sabe, replicó el primer cónsul, debió haberle encerrado en Vincennes. —No podía yo hacerlo, añadió Fouché, porque es vuestro propio hermano.» Al oír esto quejóse amargamente el general Bonaparte de un hermano que ya le había comprometido en otras ocasiones, y se exacerbó contra Luciano Bonaparte (1). No habiendo acudido éste cierto día con bastante puntualidad á un consejo de ministros, lo cual le sucedía á

(1) Por las *declaraciones de un testigo ocular* con que ha enriquecido su curiosa Historia del Consulado Mr. de Capefigue, parece indudable que Bonaparte fué el corrector, si no el autor verdadero, del folleto mencionado. Parece ser que después de haberse quejado amargamente de su hermano Luciano en los términos que refiere la presente Historia, salió el primer cónsul de su gabinete cerrando la puerta con ira y dejando dentro solos á Fouché y á Bourrienne, quienes entablaron ya con más franqueza el diálogo de la verdadera revelación de aquel secreto. Sorprendido Bourrienne de cierta sonrisa irónica que había advertido en el semblante de Fouché mientras el primer cónsul le interrogaba con mezcla de impaciencia é iras, instó al ministro á que se explicara con él abiertamente, y entonces Fouché le manifestó que, temeroso del efecto que podría producir el folleto en que se hacía el paralelo entre Monck, Cromwell y Bonaparte, había ido á buscar á Luciano para encarecerle la imprudencia que había cometido patrocinando la publicación de aquel intempestivo folleto, y que entonces Luciano en vez de responderle le enseñó un manuscrito lleno de notas y enmiendas de puño y letra del primer cónsul. (N. del T.)

menudo, y como se suscitasen muchas quejas contra su administración, manifestó el primer cónsul estar descontento de él en extremo, y aun dió señales de quererle destituir al punto. Pero el cónsul Cambaceres aconsejó que se guardasen con él más miramientos, y que no se despojase á Luciano de la cartera de lo Interior, sin ofrecerle un resarcimiento decoroso. Consintió en ello el primer cónsul; pensó Cambaceres en la embajada de España, y recibió encargo de ofrecérsela. Luciano la aceptó sin dificultad, se puso en camino y al poco tiempo ya nadie se acordaba del imprudente folleto.

De este modo la primera tentativa de asesinato contra el primer cónsul suscitó en su favor la primera idea de encubramiento; pero tan loca fué la una como mal concebida la otra. El general Bonaparte tenía que comprar con nuevos servicios un aumento de autoridad que nadie aún definía con precisión, pero que todos preveían confusamente en lo venidero, y al cual él ó sus amigos aspiraban ya de una manera declarada. Fuera de eso, su fortuna iba á suministrarle en servicios y en peligros fallidos, títulos inmensos á que no resistiría más la Francia.

LIBRO SÉPTIMO

HOHENLINDEN

Paz de los Estados-Unidos y con las regencias berberiscas. — Reunión del congreso de Luneville. — Mr. de Cobentzel se niega á una negociación separada y exige que se halle presente por lo menos un plenipotenciario inglés para formalizar la negociación real entre Austria y Francia. — El primer cónsul para acelerar su conclusión manda renovar las hostilidades. — Plan de la campaña de invierno. — Se encarga á Moreau atravesar el Inn y dirigirse sobre Viena. — Se envía orden á Macdonald para que con un segundo ejército de reserva pase de la tierra de los Grisones al Tirol. — Se destina á Brune con ochenta mil hombres para forzar el Adige y el Mincio. — Plan del joven archiduque Juan promovido á generalísimo de los ejércitos austriacos. — Su proyecto de envolver á Moreau queda frustrado por errores de ejecución. — Detiéndose en el camino é intenta asaltar á Moreau en el bosque de Hohenlinden. — Sabia maniobra de Moreau superiormente ejecutada por Richepanse. — Memorabile batalla de Hohenlinden. — Grandes resultados de esta batalla. — Paso del Inn, del Salza, del Traun y del Ens. — Tregua de Stéyer. — Ofrece el Austria firmar la paz inmediatamente. — Operaciones en los Alpes y en Italia. — Paso del Splügen por Macdonald en medio de los horrores del invierno. — Llegada de Macdonald al Tirol italiano. — Disposición de Brune para pasar el Mincio por dos puntos. — Defectos de estas disposiciones. — El general Dupont trata de pasar el primero por Pozzolo y llama contra sí todo el grueso del ejército austriaco. — Queda forzado el Mincio después de una inútil efusión de sangre. — Paso del Mincio y del Adige. — Afortunada fuga del general Laudón por medio de una mentira. — Los austriacos derrotados solicitan tregua en Italia. — Firmase el armisticio en Trevisa. — Renuévase las negociaciones en Luneville. — Admite Mr. de Cobentzel el principio de una paz separada. — Quiere el primer cónsul que pague el Austria los gastos de esta segunda campaña y la impone condiciones más duras que en los preliminares de Mr. Saint-Julien. — *Establece por ultimátum* el límite del Rhin en Alemania y del Adige en Italia. — Valerosa resistencia de Mr. de Cobentzel. — Esta resistencia, aunque honrosa, hace perder al Austria un tiempo precioso. — Mientras se siguen negociaciones en Luneville, el czar, á quien el primer cónsul cedió la isla de Malta, se la reclama á los ingleses, y éstos se la niegan. — Cólera de Pablo I. — Llama á San Petersburgo al rey de Suecia y renueva la liga de 1780. — Declaración de los neutrales. — Rompimiento de todas las cortes de Europa con la Gran Bretaña. — Aprovecha esta circunstancia el primer cónsul para mostrarse más exigente con el Austria. — Además del límite del Adige quiere la expulsión de Italia de todos los príncipes de la casa de Austria. — El gran duque de Toscana debe ser transportado á Alemania con el duque de Módena. — Mr. de Cobentzel cede por fin y firma con José Bonaparte el 9 de febrero de 1801 el célebre tratado de Luneville. — Obtiene la Francia por segunda vez la línea del Rhin en toda su extensión, y queda casi dueña de la Italia. — Es repelida el Austria al otro lado del Adige. — La república Cisalpina comprenderá el Milanesado, el Mantuano, el ducado de Módena y las Legaciones. — Destínase la Toscana á la casa de Parma con el título de reino de Etruria. — Principio de las secularizaciones establecido por la Alemania. — Grandes resultados obtenidos por el primer cónsul en el espacio de quince meses.

Acababa José Bonaparte de firmar en Mortefontaine, con Ellworth, Davie y Van-Murray, el tratado que establecía la paz entre Francia y América. Era el primero celebrado por el gobierno consular, y muy natural parecía que la reconciliación de la Francia con las diversas potencias del globo comenzase por aquella misma república, á la cual en cierto modo había dado nacimiento. Había permitido el primer cónsul que se aplazase la resolución de las dificultades relativas al tratado de alianza de 6 de febrero de 1778, pero había exigido en trueque que se hiciese lo mismo con las reclamaciones de los americanos sobre los buques apresados, porque creía, y con razón, que era menester contentarse por ahora con el reconocimiento de los derechos de los neutrales. Era dar en cierto modo á la Francia un aliado más en los mares, y un enemigo más á la Inglaterra; era arrojar un nuevo combustible á la cuestión marítima suscitada en el Norte, que iba haciéndose más grave cada día. Por consiguiente, los principales artículos del derecho de los neutrales, tal por lo menos como lo profesan la Francia y todos los Estados marítimos, fueron literalmente insertos en el nuevo tratado.

Estos artículos eran los mismos que dejamos atrás mencionados.

1.º *La bandera ampara la mercadería*; por lo tanto el neutral puede transportar toda clase de mercaderías enemigas sin ser registrado.

2.º Sólo se exceptúa de esta regla el contrabando de guerra, y este contrabando no se extiende á los víveres ni á las municiones navales, maderas, breas ni cáñamos, sino únicamente á las armas y municiones de guerra fabricadas, como «pólvora, salitre, petardos, mechas, balas, bombas, granadas, carcasas, lanzas, alabardas, espadas, cinturones, pistolas, vainas, sillas de montar, arcos, cañones, morteros con sus cureñas y toda clase de armas en general, municiones de guerra y utensilios para la tropa.»

3.º El neutral puede ir de uno á otro puerto, sin que tenga más excepción su libertad de navegar que respecto á los puertos realmente bloqueados, y estos puertos son solamente los que están custodiados por una fuerza que no consienta forzar el bloqueo sin gran peligro.

4.º El neutral debe someterse á la visita, para que conste ser verdaderamente tal; pero el visitador debe mantenerse á tiro de cañón y mandarle solamente un bote con tres hombres; y si el neutral va convoyado por un buque de guerra, no puede tener lugar la visita, por